

LA CHAPUZA NACIONAL

que el *bricoleur* (el chapucero) se dirige a una colección de residuos de obras humanas, es decir, a un subconjunto de la cultura». La ciencia, por entero, se ha construido apoyándose en la distinción de lo contingente y lo necesario, por tal razón las cualidades que, en el momento de su nacimiento, hacía suyas eran *exteriores*, no formaban parte de la experiencia vivida, y extrañas a los acontecimientos. Pero lo propio del pensamiento mítico y de la chapucería «consiste en elaborar conjuntos estructurados, no directamente con otros conjuntos estructurados, sino utilizando residuos y resto de acontecimientos; *odds and ends*, diría un inglés, o, en español, sobras y trozos, testimonios fósiles de la historia de un individuo o de una sociedad» (C.L.S. *El pensamiento salvaje*). En fin, el pensamiento mítico, al igual que la actividad chapucera, es incapaz de construir nuevas ideas o formas, siempre está dando vueltas y más vueltas a lo existente, remendándolo, parcheándolo, sin apenas modificarlo; incluso destruyéndolo para volver a construirlo a partir de los escombros, de los materiales de segunda mano, como dice F. Boas, otro antropólogo: «Los universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas formados, para que nuevos universos nazcan de sus fragmentos.»

Sería redundante seguir estirando la analogía entre el pensamiento mítico y la actividad chapucera. Incluso sería demagógico, de pésimo gusto para con el resto de las hipótesis y señores aquí mencionados. Sólo pretendía mostrar que funciona la teoría de la chapuza como interpretación de esto. Mejor dicho: que funciona con la misma solidez y fluidez que cualquier otra de las que tanta fama, honores y polémicas han merecido. Todo lo cual no quiere decir, como se comprenderá a poco que se tenga un gramo de sentido del humor, que yo pretenda vender como *verdadera* esta hipótesis; ni siquiera intento plantear la teoría de la chapuza nacional más allá de lo rigurosamente literario y metafórico. Lo único que afirmo, eso sí, y con la mayor seriedad rotunda de la que soy capaz, es que toda esa vasta literatura de siglos y lágrimas que suscita el problema de España como problema es el mejor ejemplo gráfico que puede ofrecerse de la actividad chapucera. Naturalmente, la mejor manera de demostrar esto que digo es firmando el más chapucero y cochambroso artículo sobre el asunto.

J. C. Ilustraciones de Honoré ■



BAUTISMO DE MOROS EN GRANADA (AÑO 1499). El arzobispo Talavera iba realizando con dulzura, en Granada, la conversión de musulmanes; pero los intransigentes eran partidarios de obligarles a bautizarse sin delación, siendo el cardenal Cisneros de quienes abundaban en este parecer, y a la mentada ciudad se le envió para que ayudara con la predicación a Talavera, logrando convertir de momento a muchos, hasta el extremo de que hubo ocasión en que se recurrió a la aspersión para bautizar a la multitud.

GENEALOGIA DE LA CHAPUZA

EDUARDO HARO TECLEN

HUBO una vez un país que mantuvo una guerra de ocho siglos para reconquistar lo que creía ser su propio territorio. Durante ese tiempo se formó una poderosa y valiente clase guerrera; y una abundantísima clase religiosa, porque a la guerra de reconquista se le dió el valor de la fe. En torno a los señores de la guerra se formaron cortes, aristócratas que alentaban a los guerreros y sostenían a sus damas. Las gentes del pueblo formaban las menadas que acudían unas veces al servicio de la guerra por huir de las faenas domésticas y de sus engorrosas familias, otras veces llevados por las levas forzosas. Había también una gran abundancia de poetas, trovadores, músicos y teólogos, que cantaban unos las excelencias de los guerreros, y desmenuzaban otros las pruebas indubitables de que estaban en la verdadera y única religión posible.

Cuando terminó la larga guerra, los grandes señores se repartieron las tierras conquistadas por sus manos, y con ellas a los enemigos que no habían podido huir. Las fueron muy útiles: sabían trabajar, y sabían los oficios y las ciencias. Los vencedores podrían seguir dedicándose a la guerra, a la religión, a la teología y al cántico. El problema de la guerra era

engorroso: no había ninguna próxima. Entonces un navegante al que habían contratado encontró unas tierras nuevas donde felizmente la única y verdadera religión era desconocida: eran enormes y bastante pobladas. Esto atrajo inmediatamente a los guerreros y a los religiosos, con la idea de que algunas riquezas que pudieran encontrarse allí compensaran, al menos, sus esfuerzos misioneros, que a veces requerían matanzas de los que se resistían a la verdadera iluminación, o vivían en tal error que suponían que sus riquezas, sus mujeres y sus tierras podrían valer más que el mensaje de la verdad. Por si el esfuerzo no era suficiente en los países aledaños brotaron también problemas, dudas, discusiones religiosas, que reclamaron una vez más su generosidad de intervenir.

Mientras tanto, en el país continuaban trabajando e investigando, o sea, dedicándose a cuestiones menores, cotidianas y sin ninguna grandeza, los antiguos conquistados y sus descendientes. Entonces los expulsaron o los quemaron vivos, en beneficio suyo: porque seguían manteniendo una fe equivocada. Muchos huyeron, murieron otros; los que pudieron se convirtieron a la fe de los vencedores, que no siempre se fiaron de que esa conversión fuese desinteresada. Muertos, huidos o conversos, los trabajado-

res y los científicos dejaron sus bajas faenas. Nadie las hacía y nadie las sabía hacer. Ciencias y oficios dejaron un vocabulario propio del idioma de los vencidos, unos aperos que habían construido y sabían manejar. Era cuestión de tomar palabras y aperos, en la confianza de que el trabajo se haría. No se hacía solo. Comenzó a ser un menester de las gentes menos dignas de entre los vencedores, de los que no servían para la religión, la corte, la guerra o la poesía; o no eran descendientes de quienes habían realizado los oficios nobles y poseían las tierras. Los mismos que realizaban estos trabajos eran conscientes de su indignidad, y comenzó a producirse una curiosa situación: ya no se sabía si eran indignos porque trabajaban y el trabajo les convertía en eso, o si trabajaban porque previamente eran indignos. Por si acaso, comenzaron a odiar su trabajo, que les distinguía de las clases nobles y generosas, que entregan sus vidas en defensa de la religión y de lo que ya empezaba a llamarse patria. Todo el que trabajase, descendiese de donde descendiese, se convertía en indigno aunque no lo hubiera sido antes, puesto que

ejercía el oficio que antes hicieron las razas malditas, y que los seguían ejerciendo los que se solapaban en una supuesta conversión en la que nadie creía. El trabajo estaba naturalmente mal pagado: no merecían nada mejor aquellos que habían caído tan bajo. Los cuales comenzaron a odiar el trabajo: primero, porque no remuneraba su esfuerzo; segundo, porque les hacía indignos e inferiores. Lo hacían, por consiguiente, mal y pronto; cuanto antes terminasen más podrían dedicarse a la vida contemplativa, o a ciertos juegos que sustituirían a las guerras, que con el tiempo vendrían a llamarse deportes: es decir, imitaban como podían a las verdaderas clases nobles, generosas, decididas a dar su vida por la patria y por la única, verdadera y justa religión. Cuando los viejos aperos construidos por los infieles se rompieron, los remendaron como pudieron, con cuerdas y palos, o con la forja que hacían otros que querían también acabar pronto su trabajo que tanto les rebajaba.

Como las leyes de la demografía, que ellos ignoraban —entonces se creía que la población del mundo estaba decreciendo, y se creyó durante mu-

chos siglos hasta que a alguien le extrañó por primera vez que hubiera más y más personas cuando debería haber muchas menos— estas clases indignas fueron superando en número a las otras. Se produjeron algunos fenómenos sociales de imitación: los indignos comenzaron a imitar a los dignos con verdadero frenesí: en sus trajes, en sus fiestas, en su ocio. Al mismo tiempo, los dignos imitaban a los indignos, que habían comenzado a parecerles simpáticos, graciosos y originales. Llegaron tiempos en los que las fiestas populares estaban concurridísimas por las clases dominantes, que apenas dejaban divertirse al pueblo, creyendo que se mezclaban con ellos. Sus poetas escribieron bucólicas, geórgicas, eglogas, en las que las metáforas eran generalmente pastoriles y menestrales y artesanas. Fue algo enormemente divertido, que continuó así durante muchos siglos, puesto que la demografía no cesaba de equilibrar las diferencias, añadiendo número para conseguir calidad (uno de los descendientes de la antigua raza perseguida hablaría después del paso de lo cuantitativo a la cualitativo).

Así las cosas, el trabajo fue cada vez

FAMILIAS HEBREAS HUYENDO DE CASTILLA AL IMPLANTARSE LA INQUISICIÓN.—El establecimiento de la Inquisición en Castilla (solo retardando doña Isabel, hasta que la imprudencia de un judío, que publicó una obra contra el catolicismo hizo que ya no pudiera detener más que entrara en funciones, siendo en Sevilla donde se celebró el primer auto de fe, habiéndola seguidamente en otras poblaciones, por lo que, ante la persecución de que eran objeto, huyeron muchos hebreos, quedando vacías sólo en Andalucía unas cuatro o cinco mil casas.



GENEALOGIA DE LA CHAPUZA

más y más considerado como indigno y como maldito. Las clases dirigentes, que durante un tiempo habían estimulado a las otras clases a que hicieran el trabajo, tuvieron que pasar a ejercerlo ellas mismas. Les entró la misma repugnancia; las mismas ganas de dejarlo pronto y terminarlo mal. Se abandonaron a ellas. Como con el transcurso del tiempo habían aparecido nuevas industrias y artilugios, los que aún se consideraban como dignos y como generosos defensores se vieron estimulados a poseer estas mañas en las que trabajasen los otros, y a dirigirlos, encauzarlos y mantenerlos. Como encauzaban desde los puestos de mando la vida toda de la nación. Contagiados de este santo y justificado horror al trabajo, y poco acostumbrados a las ciencias que eran cada vez más complejas, se vieron más y más estimulados a terminarlo pronto y mal. Sobre todo porque sabían que la mayor parte de los productos que así fabricaban iban destinados a personas de la clase indigna, que no merecían nada mejor; o en todo caso a los extranjeros que, al no estar en posesión de la ciencia

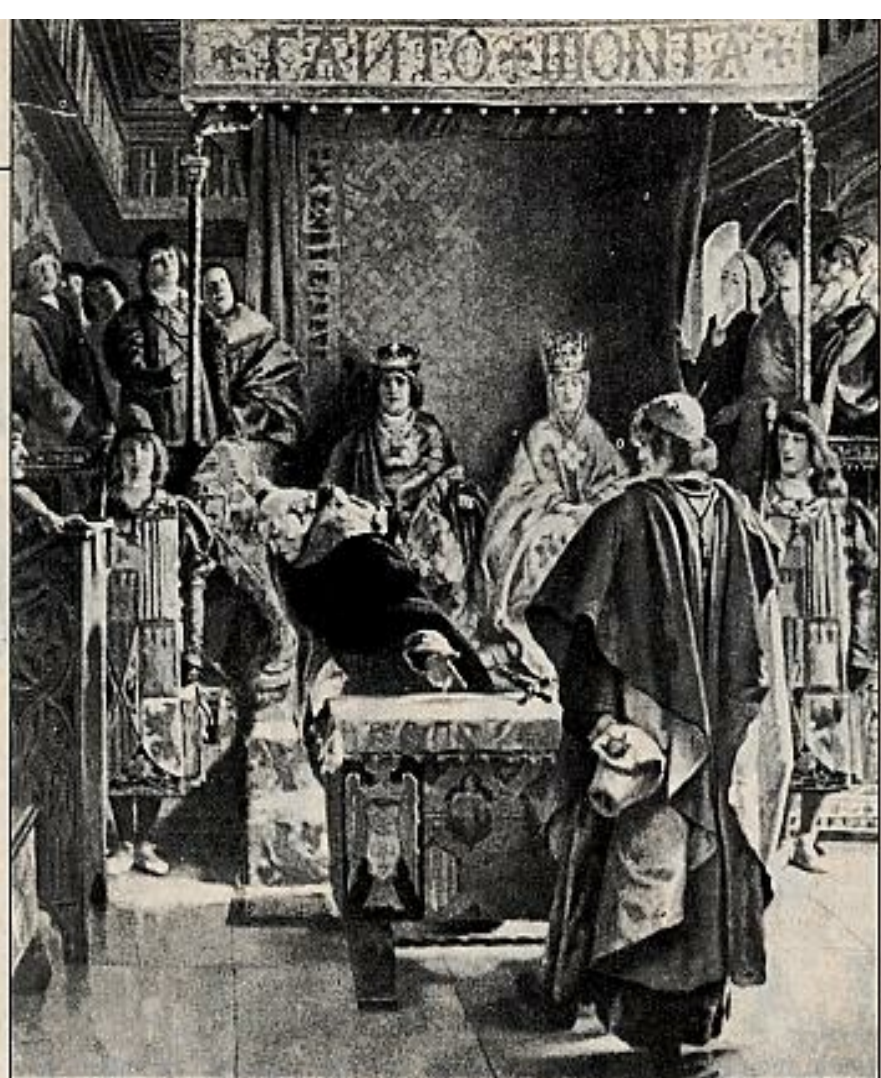
infusa que da la verdadera fe, serían incapaces de distinguir entre lo malo y lo bueno, y lo aceptarían todo. Y que, a fin de cuentas, no merecían más, puesto que al final de sus días irían a parar a un infierno seguro, donde nada importaría el uso que habían hecho de sus bienes terrenales. Podría ocurrir también que esos extranjeros infieles, que ni siquiera tenían patria puesto que difícilmente podría darse ese nombre al territorio en que habitaban, puesto que verdadera patria, como verdadera fe, no hay más que una, inventasen ellos algo, y que ese algo resultase mejor. No importaba. «Que inventen ellos», dijo uno de sus ociosos pensadores. La idea general era que si realmente inventaban algo mejor, nada sería más fácil que quitárselo mediante una guerra. O incluso pagárselo en oro, puesto que la verdadera patria había que considerarla como rica y generosa.

De esta forma la peculiar manera de trabajar de aquellas gentes, unidas ya en esto —y no en otras cosas, porque clases siempre hubo y siempre habrá—, les fue pareciendo un verda-

dero hallazgo. Y una prueba de su propia genialidad, y del toque divino de la providencia. En aquello que los antiguos infieles y los actuales extranjeros empleaban horas, días o años, las gentes de ese país sólo necesitaban minutos. Su ingenio era superior a todo. Un hilito y un palito eran suficientes para dar un resultado parecido. Probablemente lo realizado con esta forma de trabajo ofrecía perfiles extraños o irregulares, que los extranjeros miraban con más curiosidad; probablemente, también, esos objetos —o esos campos, esas casas, esos puentes— duraban también menos que los de otros países o los de las obras de infieles, que todavía están en pie. Apenas podía importarse. Por el contrario, era una ventaja, dado que el ingenio fecundísimo, y el amasijo de alambritos, cordelillos y maderitas, podían volver a realizar lo destruido en muy poco tiempo, lo cual daba siempre un aire de novedad al país. A veces con las casas se perdían vidas, con las acequias venían inundaciones o sequías; pero a todo ello se le daba el valor de «lo natural». Dios lo quería así, la naturaleza estaba hecha de esta

SUBLEVACION DE LOS MOROS DE LAS ALPUJARRAS (AÑO 1499).—Sabedores los moros de la serranía de las Alpujarras de como se faltaba a las capitulaciones de Granada, al no respetarse su religión, alzaron pendón de rebelión, y de nuevo en las ásperas breñas las maldiciones a los cristianos levantaron en armas a aquellos fanáticos, contra los cuales se mandó un ejército a las órdenes de Fernando de Córdoba, quien les infringió duro castigo en Guájar, habiendo luego de intervenir también don Fernando con numerosas fuerzas.





LOS REYES CATOLICOS DECRETAN LA EXPULSION DE LOS JUDIOS DE SUS REINOS. El 31 de marzo de 1492 fue promulgado el decreto de expulsión de los judíos en el reino castellano y aragonés, dándoseles de plazo cuatro meses para salir del país, habiéndose ofrecido por los hebreos a los Reyes Católicos 30.000 ducados si revocaban la susodicha orden; pero sabedor Torquemada de que el encargado de realizar esa gestión había sido recibido por don Fernando y doña Isabel, irrumpió en la estancia, en la que se celebraba la entrevista, y sacando un crucifijo de debajo de sus hábitos lo arrojó sobre la mesa, según exclamaba: «Judas Iscariote vendió a su maestro por 30 denarios de plata; vuestras altezas le van a vender por 30.000: aquí está, tomadle y vendedle». Partió, dejando suspensos a los testigos de esa violenta escena.

forma y de esa otra, y contravenirla sería ir en contra de verdades que estaban suficientemente comprobadas. Había incluso apariciones celestiales que lo corroboraban, e incluso algún que otro labrador había visto compensado su ocio por la aparición de un santo que le hacía su trabajo.

Al mismo tiempo, el país se empobrecía. Nadie tenía necesidad de relacionar esta pobreza continua con la forma de trabajar propia de los habitantes del país porque, evidentemente, no la había. Fue entonces cuestión principalísima disfrazar esa pobreza, sobre todo en las clases dignas —porque podía parecer que era un signo de que Dios les había abandonado— y, con arreglo a su estilo peculiar de trabajo, remendaban trajes, sustituían los ricos lienzos interio-



RECIBIMIENTO DE COLON EN BARCELONA POR LOS REYES CATOLICOS (AÑO 1493). Cuando los Reyes Católicos recibieron la nueva del regreso de Colón, y de que era una realidad lo que les asegurara, invitaronle a trasladarse a Barcelona, donde a la sazón estaba la corte, y donde se le dispuso tal recibimiento que salieron a esperar los nobles a la puerta de la ciudad, que recorrió entre ellos, hasta llegar al sitio en que aguardaban los soberanos, ante quienes hizo una relación del viaje, mostrándoles los productos y los indios que trajo consigo.

res por nada o por cualquier estameña, iban descalzos por la casa para conservar sus únicas botas a la hora del paseo. Inventaban comidas extrañas, hechas de restos, de poquitos de cada cosa; en las que no podía faltar

el cerdo, porque los infieles nunca lo comieron.

Todo esto se fue haciendo un estilo de vida. Lo que en principio era un comportamiento frente al trabajo, como afirmación de religiosidad y patriotismo, fue convirtiéndose en una manera de estar en el mundo: veloz, rápida, sin necesidad de reflexión, resolviendo los problemas a base de espontaneidad y de ingenio. Si nadie relacionaba la pobreza creciente con ese estilo de vida fue indudable que pudo hacerse la relación contraria: cuanto mayor era la pobreza, más necesario era este tipo de trabajo que Dios había dado a sus elegidos. Había que sustituir piezas, materiales, formas, por lo que se tuviera a mano. Cuanto más crecía la pobreza, más necesario era el ingenio.

El estilo de vida había llegado a ser algo grande. Ya no se detenía en los pequeños o grandes talleres, sino que, en su poderoso impulso de abajo a arriba, alcanzaba a las castas guerreras, a los administradores, a los políticos. Hacer las cosas mal no podía ser malo, si se hacían pronto. Todo ello se completaba con una frascología

heroica y enfática, y cuando alguien dijo que «más vale honra sin barcos que barcos sin honra» hizo época: estaba definiendo la verdadera esencia del país. Porque había mantenido a salvo su honor —patrimonio del

GENEALOGIA DE LA CHAPUZA

alma, a la vez patrimonio de Dios, como dijo uno de los bardos— a salvo del trabajo con las manos. Lo importante fue el honor: y ningún infiel se atrevió jamás a disputar ese patrimonio. Se limitaban a continuar haciendo sus trabajos pesadamente, lentamente, cuidadosamente; a probar una y otra vez sus invenciones antes de darlas por buenas. Si alguien intentó alguna vez relacionar esa indigna tarea de los otros, de los extraños, con la riqueza y prosperidad de que parecían gozar, fue inmediatamente castigado. O fue declarado hereje. Los teólogos del país habían advertido desde mucho tiempo atrás— y el tiempo de atrás nunca mintió— que la pobreza, el ascetismo, el estoicismo, eran verdaderas virtudes. Los ricos extranjeros no se salvarían por su riqueza: y su trabajo tan terminado, tan comprobado, daba risa. Además, si se quería se compraba. Bastaban unos minutos y unos créditos para comprar, por lo menos, las fórmulas, las patentes, los secretos que a aquellos desgraciados les había costado tanto tiempo experimentar. Incluso se podían introducir en sus artilugios notables mejoras: cordelitos, alambritos, chorritos, grifitos, cordelitos, palitos. Lo propio del país. Y funcionaban a las mil maravillas.

Así se formó, probablemente para siempre jamás, un país peculiar, con un sentido de la vida auténtico y propio; capaz incluso de transmitirlo a otros países por la vía del idioma y de la religión.

Alguien buscó una vez una palabra para dar nombre a este estilo de vida, a esta relación del hombre —portador de valores eternos— con la materia —perecedera—; porque ya se sabe que un estilo que no tiene nombre no existe realmente. La historia no guarda recuerdo de este lingüista, de ese semántico singular; quizá fuera una forma colectiva de invención, algo que nació en el seno del pueblo, modificando una palabra ya hecha en el latín —como había modificado el latín entero— con terminaciones, partículas, pronunciaciones que iban dándole su verdadera forma. Es algo que no se sabe quien inventó. Pero la palabra permanece con toda su belleza, y el estilo se acentúa cada vez más, al mismo tiempo que se va acentuando la pobreza. La palabra que dió nombre al estilo tiene una maravillosa resonancia en el mundo entero. Es la palabra «chapuza». ■ E.H.T.

Las ilustraciones de este trabajo y sus correspondientes pies pertenecen a la «Historia de España», original de Manuel Rodríguez Codá, publicada por M. Seguí, en Barcelona.



LA HISTORIA COMO CHAPUZA

MANUEL VICENT

DEL mismo modo que el hombre, según el existencialismo, es un ser-para-la-muerte, el español, considerado históricamente, es un ser-para-la-chapuza. En ella se ha forjado el genio de la raza. La historia de España es una larga y sostenida improvisación, con ciertos momentos estelares en que el remiendo heroico ha alcanzado categoría de gesta. La primera chapuza fue la Reconquista, que se inició como una guerra a pedradas contra los árabes en los altos de Covadonga. La última ha sido el zarrapastroso asalto al Parlamento por parte de Tejero y sus compadres. La historia de España, desde la colonización de América hasta la reciente visita del fontanero que viene a desatascar el lavabo de casa, está constituida por la carne de la inspiración instantánea, entre el cabreo y la euforia.

Fueron ocho siglos de Pancho Villa con coraza, sin orden ni concierto. No se puede llamar Reconquista a algo

que empieza con pedradas de pastor y termina ochocientos años después con la promesa de una reina de no cambiarse las sayas hasta ver desalojada la Alhambra. El hedor chotuno de Isabel la Católica, que se esparcía en el aire de la vega granadina desde el campamento de Santa Fe, obligó a unos árabes agüistas a abandonar su balneario con una pinza en la nariz y a refugiarse en la Alpujarra con lloros y aspavientos. El carácter español cristalizó en aquella algarabía, profundo galimatías y desordenados envites o arrastres de ocho siglos de duración. De esa chapuza quedaba el orgullo de saber que los moros jamás habían hollado los montes de Asturias. Mil años después los moros fueron traídos expresamente en camiones o en ferrocarril hasta el pie de Covadonga para aplastar la Revolución de Asturias y los mineros descendientes de Dñ Pelayo, en lugar de piedras, se defendieron mandando a las trincheras del enemigo pollinos cebados con dinamita. Pero estos burros explosivos no impidieron que los musulmanes pisaran con pie franco el último territorio vedado a sus abuelos.

Luego vino el descubrimiento de